

NEW LEFT REVIEW 126

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO-FEBRERO 2021

ARTÍCULOS

MIKE DAVIS	Guerra de trincheras	7
DYLAN RILEY	Líneas de fractura	39
JEREMY ADELMAN	¿El fin del paisaje?	57
MICHAEL MAAR	Por sus epítetos los conoceréis	75
TOR KREVER	En el zarzal	83
DAVID HARVEY	Valor en movimiento	105

CRÍTICA

SUSAN WATKINS	La derecha fracturada	126
TOM MERTES	¿El pueblo elige?	134
AGNÈS MAILLOT	Cuestiones irlandesas	143

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
traficantes de sueños

SUSCRÍBETE

Daniel Finn, *One Man's Terrorist: A Political History of the IRA*, Londres y Nueva York, Verso, 2019, 272 pp.

AGNÈS MAILLOT

CUESTIONES IRLANDESAS

Durante mucho tiempo, las autoridades británicas y estadounidenses consideraron que el Irish Republican Army (IRA) era uno de los grupos terroristas más eficaces y mortíferos del mundo occidental. Fue responsable de casi la mitad de las tres mil seiscientas muertes provocadas por el conflicto que arrasó Irlanda del Norte a lo largo de treinta años desde la década de 1960 hasta la de 1990. El IRA mató a soldados del Ejército británico y a miembros de sus fuerzas de seguridad; mató a civiles, tanto católicos como protestantes. No solamente operaba en Irlanda, a ambos lados de la frontera, sino también en el Reino Unido y más lejos aún. Su estrategia armada se justificaba, en opinión de sus seguidores, por su fin último: la reunificación de Irlanda, que pondría punto final a siglos de dominio anglobritánico. Se consideraba el heredero del «viejo IRA», el primer ejército de guerrillas del siglo XX, que logró al menos una victoria digna de ese nombre contra el poderoso Imperio británico. Gracias, al menos en parte, al papel del IRA en la guerra de la independencia desplegada entre 1919 y 1921, la colonia más antigua del Reino Unido se convirtió en la segunda, después de Estados Unidos, en lograr su independencia, pero a un elevado precio. Bajo el Tratado Angloirlandés de 1921, la isla se dividió y se les concedió a ambos territorios, al Estado Libre de Irlanda, con veintiséis condados, y a Irlanda del Norte, con seis condados, un cierto grado de autonomía. Mientras que el sur, paso a paso, afirmó su soberanía y se declaró como república en 1948, el norte de la isla siguió dentro de la Unión; el poder y el privilegio dentro de la provincia seguía firmemente en manos de la elite protestante.

Pero el IRA nunca desistió de su objetivo: una Irlanda libre, independiente y reunificada. Basándose en el movimiento por los derechos civiles de Irlanda del Norte de la década de 1960, el IRA libró una campaña armada prolongada que tuvo en jaque al ejército británico durante más de treinta años. No ganó, pero tampoco perdió. Y mientras que las autoridades, tanto británicas como irlandesas, calificaban las actividades del IRA como terroristas, una cantidad importante de personas en Irlanda del Norte apoyaba a quienes consideraban unos jóvenes idealistas o como los defensores de la comunidad. Finalmente, en el verano de 2005, siete años después de los Acuerdos de Paz de Viernes Santo, el IRA depuso las armas y afirmó que daba por finalizadas sus actividades militares, lo cual fue confirmado posteriormente por la Comisión creada para monitorizar las actividades paramilitares. No obstante, la sombra del IRA sigue presente. Hasta el día de hoy, la oposición política acusa al Consejo Militar de influir sobre la dirección del Sinn Féin, el descendiente en línea directa del partido histórico defensor de la independencia de Irlanda, y su sombra invade la memoria colectiva irlandesa. Su larga historia y su papel central en el conflicto irlandés transcurrido desde finales de la década de 1960 hasta las postrimerías de la de 1990 aún suscitan preguntas que deben contestarse acerca de la existencia de una fuerza política tan anómala dentro del contexto europeo: su resiliencia, su ideología y su capacidad para reclutar y para mantener el nivel de apoyo que su misma presencia requería.

Daniel Finn, en *One Man's Terrorist: A Political History of the IRA*, se propone analizar la turbulenta historia de los republicanos irlandeses. Acometer un nuevo estudio de la historia del IRA es un proyecto audaz, pues el autor se une a una larga lista de textos que han lidiado con estos temas. Dos libros escritos por periodistas, *The IRA*, del dublinés Tim Pat Cogan, y *The Secret Army*, del estadounidense John Bowyer Bell, ambos publicados en 1970 y posteriormente actualizados, fueron dos destacadas intervenciones tempranas. Patrick Bishop, corresponsal de guerra de *The Daily Telegraph*, y Eamonn Mallie, reportero radiofónico de Belfast, contribuyeron al tema con *The Provisional IRA* (1987). Inmediatamente después de los Acuerdos de Viernes Santo, Ed Moloney, editor en Irlanda del Norte de *The Irish Times*, produjo *A Secret History of the IRA* (2002), basado en sus conversaciones con los principales protagonistas. Al año siguiente, *Armed Struggle* (2003), de Richard English, fue el primer intento por parte de un historiador y politólogo profesional de trazar el panorama a partir de una investigación exhaustiva. No obstante, la complejidad de la organización exige una valoración continua, que renueve nuestro conocimiento con enfoques, marcos analíticos y perspectivas nuevas. Los diferentes aspectos de la estrategia del IRA durante el conflicto irlandés y durante el proceso de paz siguen siendo regularmente escrutados por politólogos, historiadores y especialistas en el conflicto.

Ninguna de estas obras, sin embargo, ha analizado las relaciones fluctuantes entre los movimientos de la izquierda radical y el IRA. Esto es lo que hace el libro de Daniel Finn y lo hace especialmente bien. Escoge una óptica gracias a la cual *One Man's Terrorist: A Political History of the IRA* ofrece una perspectiva nueva en este relato bien trillado. Desde sus inicios, el IRA estuvo constreñido por un rígido conjunto de estrategias que fueron elevadas a la categoría de principios, convirtiendo las decisiones directamente ideológicas en una continua tensión tanto entre sus miembros de base como dentro de su alto mando militar. ¿Buscaba el movimiento republicano una transformación social tanto como la independencia nacional, apoyándose en la clase obrera del conjunto de Irlanda? ¿O debería mantener un planteamiento más consensuado de la cuestión nacional, intentando así sumar un espectro más amplio de fuerzas conservadoras? Estas tensiones ya estaban presentes en la declaración que supuestamente hizo James Connolly a su hija, en la víspera de la Rebelión de Pascua de 1916: «Los socialistas nunca entenderán por qué estoy aquí; todos ellos olvidarán que soy irlandés».

One Man's Terrorist: A Political History of the IRA proporciona una sinopsis rápida y eficaz de los primeros cincuenta años de existencia del IRA. Después de la victoria del Sinn Féin en las elecciones de 1918, el IRA se convirtió en un protagonista central de la guerra de la independencia. Pero tras la división del Sinn Féin como consecuencia de la aceptación del Tratado Angloirlandés y la partición de Irlanda, el IRA se quedó en el bando perdedor de la posterior guerra civil de 1922-1923. El Sinn Féin igualmente quedó reducido a una sombra de lo que era, cuando uno tras otro, sus líderes, especialmente Éamonn de Valera, que abandonó el Sinn Féin para fundar el partido Fianna Fáil en 1926, se acomodaban a la nueva situación y decidían operar dentro de los Estados establecidos por el Tratado. El «abstencionismo» de la participación electoral se convirtió en un punto de partida para el pequeño grupo de líderes del IRA que seguía volcado en la lucha por una república unida de Irlanda.

Durante los sombríos años de las décadas de 1930 y 1940, por muy adversas que fueran las circunstancias, el IRA nunca abandonó completamente el escenario. Sus intentos en la década de 1930 de reinventarse, planteando un desafío desde la izquierda al sistema político del Estado Libre de Irlanda, fracasaron; algunos de sus miembros se fueron a luchar en la Guerra Civil española. En la década de 1950, cuando los «vientos de cambio» de la independencia nacional soplaban a lo largo y ancho del mundo colonial, una nueva generación de militantes del IRA —entre ellos Ruairí Ó Brádaigh y Cathal Goulding— trataron de resucitar el movimiento atacando con bombas los puestos policiales de la frontera. Pero no parecía haber muchas ganas de lucha armada y la dirección se vio obligada a abordar la cuestión de cómo ganarse el apoyo popular. El fracaso de la campaña fronteriza de

1956-1962, que Finn describe correctamente como un punto de inflexión en la historia del IRA, llevó a los nuevos dirigentes (Goulding era ahora jefe del Estado Mayor) a plantear un giro hacia la implicación política pública. La meta, según resume Finn, era organizar un movimiento de masas entre la clase trabajadora y los pequeños agricultores, que pudiera derrocar ambos Estados irlandeses, en el norte y en el sur, y reemplazarlos por una república socialista en toda Irlanda.

La nueva hoja de ruta suponía anclar la relación existente entre el republicanismo y el socialismo y resolver de una vez por todas el rumbo indeciso tomado por el IRA desde la década de 1920, que lo había llevado a un callejón sin salida. El giro a la izquierda de Goulding reclutó a algunos audaces pensadores jóvenes como Roy Johnson y Anthony Coughlan, pero los miembros de la vieja guardia se mostraron suspicaces. Se trataba de un territorio desconocido que el «menguante núcleo de activistas leales» consideraba potencialmente divisor, porque convocaba el espectro de un compromiso político al estilo de De Valera. La nueva estrategia se complicaba aún más por las tensiones sectarias que bullían en Irlanda del Norte y por el ascenso del movimiento radical por los derechos civiles, que desafiaba la discriminación sistemática de los gobiernos unionistas contra la población católica, especialmente aguda respecto a la de origen obrero en lo referido a los temas de vivienda, empleo y derecho al voto. Finn traza un vivo cuadro de la variedad de fuerzas que agrupó la Northern Ireland Civil Rights Association (NICRA), la organización que lideró la campaña por los derechos civiles, así como del grupo de acción sobre la cuestión de la vivienda de Derry y de los estudiantes radicales agrupados en la organización People's Democracy. Pero, como bien señala Finn, Goulding y el resto de los líderes no lograron percibir ni la radicalización de la respuesta unionista, ni el surgimiento de los grupos paramilitares protestantes. En 1968 las marchas de la NICRA fueron apaleadas por las porras de la policía unionista, la Royal Ulster Constabulary (RUC), y por las barras de hierro y los bates de las contra movilizaciones unionistas. Estallaron disturbios y surgieron zonas de acceso restringido para el ejército y la policía británicos en Derry y en Belfast. En agosto de 1969, el gobierno de Wilson envió al ejército británico. Un destacamento de entre diecisiete mil y veinte mil soldados permanecería allí hasta 2007.

En este contexto, muchos miembros del IRA consideraron que la prioridad era la defensa de las comunidades nacionalistas sobre el terreno y desafiaron el liderazgo de Goulding por haber detenido el suministro de armas. Los tradicionalistas, como el republicano de Belfast Jimmy Steele, en una de las citas bien escogidas que hacen tan disfrutable la lectura del libro de Finn, lamentaban que ahora se confiara más en que los nacionalistas irlandeses «estuvieran más versados en las enseñanzas del presidente Mao que en las de nuestros patriotas muertos». A finales de 1969, la división

en el Consejo Militar entre lo que se llamaría el IRA Oficial, liderado por Goulding, y el IRA Provisional, liderado por Ó Brádaigh y por Séan Mac Stíofáin, era inevitable. Finn no cae en la trampa de desdeñar este cisma como una «simple división» entre «soldados» y «políticos». En lugar de ello, caracteriza a los primeros militantes del IRA Provisional como arraigados en «la austera ortodoxia republicana moldeada por las derrotas de la década de 1920», combinada con la experiencia social de los guetos católicos del Norte, mientras que el IRA oficial «buscaba tender puentes entre la lucha armada y la agitación política».

Con el tiempo, el planteamiento del IRA Provisional prevalecería y la organización establecería una presencia hegemónica en el seno de las comunidades republicanas. El reclutamiento subió como la espuma a medida que el caos de los primeros años del conflicto irlandés se agravaba al hilo de los internamientos sin juicio, la masacre del Domingo Sangriento de los manifestantes de la NICRA en enero de 1972 y la imposición del gobierno directo de Irlanda del Norte por parte de Westminster dos meses más tarde, cuando el gobierno de Heath cerró el Parlamento irlandés de Stormont. Aunque Finn condena las operaciones catastróficas del IRA, como el denominado «Viernes Sangriento», los coches bomba de julio de 1972, que terminaron con la toma por parte del ejército británico de las zonas restringidas y el establecimiento de cuarteles y torres de vigilancia erguidas sobre los guetos nacionalistas, estas acciones no minaron el predominio del IRA Provisional. Pero tras el rebrote de la violencia en ambos bandos, ya no quedaba espacio para la resistencia civil o un lugar para grupos como People's Democracy.

En el relato de Finn, los pensadores radicales y de izquierda de la People's Democracy, como Eamonn McCann, Bernadette McAliskey y Michael Farrell, siguieron intentando atraer al IRA Provisional a una alianza más amplia, que pudiera resucitar la resistencia civil. *One Man's Terrorist: A Political History of the IRA* presta mucha atención a estas relaciones entre republicanos y socialistas, preguntándose por qué han sido tan complicadas y divisorias, a menudo llevando a fracturas e incluso a disputas armadas entre las diversas facciones implicadas. (Finn traza minuciosamente las trayectorias políticas, no solamente del IRA Oficial y de sus diversas escisiones, incluyendo el Irish Republican Socialist Party/Irish National Liberation Army (IRSP/INLA), sino también del IRA Auténtico y del IRA Continuidad). People's Democracy, organización que en opinión de Finn nunca ha recibido la atención que se merece por parte de la historiografía, proponía una forma de agitación republicana que «tendría un efecto disruptivo sobre el *statu quo*». Pero nunca estuvieron por completo en la misma línea que el IRA Provisional: mientras que terminar con la partición estuvo siempre en el primer lugar de la agenda republicana, el tema absorbía muy poca de la energía de la nueva izquierda.

One Man's Terrorist: A Political History of the IRA destaca justamente cómo los líderes del IRA Provisional se dieron cuenta desde mediados de la década de 1970, de un modo cada vez más perentorio, de que no podrían alcanzar sus objetivos por sí solos. Para la nueva generación –Gerry Adams, Martin McGuinness, Danny Morrison– la necesidad de conectar con otros grupos y construir una base de apoyo que trascendiera el tradicional electorado republicano era algo obvio. Con una población cada vez más cansada de la guerra, limitarse a la acción militar los dejaría peligrosamente aislados. Pero cualquier movimiento en pos de un compromiso político más amplio se enfrentaba a la vieja guardia encarnada en Ó Brádaigh, para quien el movimiento se encaminaba al sendero antaño hollado por Collins y De Valera. Las divisiones acerca de las protestas carcelarias, que en su momento cumbre de 1981 movilizarían una inmensa ola de apoyo a ambos lados de la frontera, fueron un buen ejemplo: el IRA temía que apoyarlas implicara una desescalada de la campaña militar y, por lo tanto, se mostró reticente en un primer momento. Las «protestas de la manta» comenzaron en 1976 como respuesta al endurecimiento del régimen carcelario en la prisión de Maze por parte de las autoridades británicas, hecho sintetizado en la construcción de los infames bloques H. Cuando se les negó a los presos republicanos irlandeses la posibilidad de no utilizar el uniforme de la prisión impuesto a los presos comunes y de vestir su propia ropa, los presos republicanos se negaron a ponérselo y en su lugar se envolvieron en mantas. Cuando Londres se negó a ceder ni un ápice, las protestas desembocaron en una huelga de hambre que se saldó con la muerte de Bobby Sands y otros nueve presos en 1981.

El destino de los presos estaba en manos de la opinión pública más que en las del IRA, que se mostraba dividido acerca de las tácticas de la huelga de hambre y no identificó inmediatamente el potencial movilizador de las protestas. En el relato de Finn, Bernadette McAliskey, *People's Democracy* y el IRSP jugaron un papel crucial a partir de 1976 en la construcción de la solidaridad comunitaria con los presos en huelga mediante los Comités de Acción de Familiares, mientras que los republicanos únicamente accedieron a unirse a la campaña «Derribad los bloques H», ampliamente apoyada, en 1979. Pero las protestas de los presos generaron debates decisivos en el seno del propio movimiento republicano, que conducirían a cambios fundamentales en las estrategias del IRA Provisional: desde los altos el fuego tácticos hasta la política de «fusil de asalto y urna electoral» a principios de la década de 1980, que trajo aparejada la decisión de que el Sinn Féin debería abandonar su política abstencionista respecto al Dáil Éireann [parlamento] irlandés encendiendo un debate entre los nuevos dirigentes y figuras de la vieja guardia como Ó Brádaigh, que se oponía enérgicamente a tal cambio. Este planteamiento dual supondría que la lucha armada y la lucha política marcharían de la mano, embarcándose en

lo que Finn describe como «la guerra por otros medios». A pesar de sufrir una escisión más en la década de 1980, estos últimos ganaron la batalla. En tanto que presidente del Sinn Féin, Adams señaló que la resistencia armada, a partir de ese momento, sería una táctica, no un principio. Esto allanó el camino para la aceptación de formulaciones que habrían sido anatema para los republicanos de la década anterior, como la denominada solución interna y el principio del consentimiento de la mayoría del Norte para proceder a la reunificación de Irlanda, fórmulas que apuntalaron los Acuerdos de Viernes Santo de 1998. El cambio también despejó el camino para el ascenso electoral del Sinn Féin en el nuevo Parlamento de Irlanda del Norte de Stormont. A partir de 2007, su gobierno de coalición con el Democratic Unionist Party (DUP) se convertiría en un rasgo duradero de la escena política, aunque fue suspendido entre 2017 y 2020.

La relación compleja existente entre nacionalismo y socialismo ha sido un factor clave en los muchos cambios de rumbo y estratégicos del IRA. *One Man's Terrorist: A Political History of the IRA*, es en este sentido una contribución valiosísima al análisis de cómo se gestionó esta tensión fundamental a lo largo de los años. La exploración de Finn nos conduce desde los estadios fundacionales del movimiento por la independencia irlandesa hasta los últimos acontecimientos políticos posteriores a la crisis financiera de 2008 y los muchos interrogantes que ha suscitado el Brexit. Cuenta la historia en buena parte a través de las voces de los propios protagonistas, lo que le permite presentar las ideas de pensadores como McCann, Farrell y McAliskey, cuyas intervenciones estratégicas e ideológicas, en opinión de Finn, formaron el telón de fondo de las adaptaciones tanto del Sinn Féin como del IRA a circunstancias en permanente estado de cambio. Aunque se basa en los estudios ya existentes sobre el IRA, tanto periodísticos como académicos, así como en las fuentes oficiales del gobierno británico, *One Man's Terrorist: A Political History of the IRA* se construye en gran medida sobre relatos personales y está cuajado con abundantes citas. Otras fuentes se referencian debidamente en una larga lista de notas finales, aunque hubiera sido útil que incluyera una bibliografía.

Este planteamiento presenta, no obstante, algunos inconvenientes. Finn se centra en la elaboración de las perspectivas de izquierda en temas como la partición, el papel del Estado, la lucha armada, el sectarismo, la clase obrera y el sindicalismo. Al hacerlo, confía demasiado en el análisis de quienes en realidad nunca se unieron a las filas del movimiento republicano, sino que fueron, como mucho, sus compañeros de viaje, apoyando las campañas que tenían potencial para movilizar a la sociedad civil. Observaban desde los márgenes como los miembros del IRA Provisional matizaban gradualmente su concepción de la lucha armada para elaborar un análisis político más sofisticado. Pero nunca estuvieron en situación de decidir la trayectoria

política del IRA, puesto que se les mantenía «a distancia» como reconoce Finn; la dirección de la organización armada se basaba en su trabajo, pero nunca adoptaba íntegramente sus ideas. Había otras influencias importantes que también jugaron su papel.

Así, por ejemplo, el relato que hace Finn de las protestas carcelarias, un episodio central, concluye que la exitosa movilización civil «se debió al papel crucial desempeñado por People's Democracy, Bernadette McAliskey y el IRSP», lo cual podría matizarse de varias maneras. En primer lugar, el Sinn Féin ya se había embarcado en la vía de la política vecinal: los «centros de incidentes» que se instalaron en 1975 para monitorizarlos durante un alto el fuego entre el IRA y el ejército británico en seguida se convirtieron en oficinas políticas locales. Se establecieron centros de asesoramiento desde finales de la década de 1970 y, con ellos, llegó gradualmente la conciencia del potencial para la movilización que estos podían implicar. Las huelgas de hambre tenían eco en una amplia parte de la opinión pública, lo cual colocó en primera línea uno de los episodios más dolorosos de la historia de Irlanda de finales del siglo xx. Esta dimensión es vital para entender el grado de apoyo que el movimiento generaba a ambos lados de la frontera.

En ocasiones, se podrían haber incluido otras perspectivas en la narración para así captar mejor las ideas del movimiento del IRA Provisional. Las voces de los presos del IRA están prácticamente ausentes del libro y no se dice apenas nada acerca del papel que jugaron desde el inicio del conflicto. Sin embargo, su pragmatismo y sus aportaciones fueron esenciales, no solamente para plantear el alto el fuego de 1994 y el proceso de paz, sino también para lograr el apoyo público masivo a los Acuerdos de Viernes Santo en la comunidad nacionalista. También es problemática la caracterización tan simple que hace Finn de Gerry Adams en su etapa como jefe del Estado Mayor del IRA. Aunque no hay ninguna duda de que ha jugado un papel esencial en el más alto nivel de la organización, el hecho de que ni él ni el Sinn Féin hayan considerado apropiado confirmar su posición de liderazgo merece un análisis, puesto que ello puede entenderse como una estrategia deliberada para evitar dar demasiado peso al IRA en el difícil equilibrio que se necesitaba para que avanzara el proceso de paz.

Nada de esto invalida el ángulo que Finn ha elegido para desarrollar el conjunto de su análisis. Recuperar lo que la gente decía o pensaba en el contexto del conflicto transcurrido entre las décadas de 1960 y 1990 y reinterpretarlo a la luz de lo que sabemos ahora es una herramienta valiosa para evaluar el camino que ha recorrido una organización tan secretista. Arroja luz sobre cómo se percibía el movimiento en su época y sobre cómo interaccionaba con otras fuerzas de la izquierda radical. También permite al autor ofrecer una visión alternativa de los acontecimientos sin necesidad de contemplarlos a través del prisma de las autoridades o de los propios

protagonistas. Finn proporciona un relato analítico muy sólido y verdaderamente absorbente, contado en gran parte a través de las narraciones de quienes estuvieron en los márgenes del movimiento republicano. Su punto de vista les concede una perspectiva crítica que alguien situado en el seno del movimiento no habría podido ofrecer. Aunque no apoyaban abiertamente a los miembros del IRA Provisional y en ocasiones criticaban sus operaciones y su estrategia, los ideólogos de People's Democracy no se mostraban tampoco totalmente hostiles. Sus inclinaciones políticas les habrían conducido a apoyar hasta cierto punto el radicalismo que el IRA podía potencialmente encarnar, a la vez que dejaba abierta la opción de oponerse a ellos cuando discreparan sobre los objetivos políticos centrales.

Finn sugiere que el IRA no logró sus objetivos generales. La dirección de la organización revisó sus expectativas a la baja y dejó de lado la aspiración de una Irlanda unida para pactar por mucho menos: la participación en las instituciones de nueva creación en Irlanda del Norte, lo que para algunos republicanos equivalía a un escenario particionista. También abandonaron los aspectos sociales más radicales de su programa y adoptaron una agenda a medio camino del mismo. *One Man's Terrorist: A Political History of the IRA* suscita preguntas duras para el IRA, no siendo la menor de ellas el sectarismo de alguna de sus operaciones y su falta de compromiso con la población unionista mayoritaria, a pesar de los intentos de gente como Mitchel McLaughlin, que criticaba la «falta de empatía por los círculos unionistas». En último término, Finn conceptualiza la aceptación por parte del Sinn Féin del principio del consentimiento de la mayoría de Irlanda del Norte para proceder a la reunificación del país en el contexto de un regreso al pensamiento republicano tradicional-conservador, donde la cuestión nacional tenía preferencia sobre las cuestiones sociales. Durante el proceso de paz, los dirigentes del IRA «minimizaron, pues, las fracturas sociales existentes en la comunidad nacionalista» y «aparcaron la retórica de la izquierda radical» mientras tendían puentes con Washington.

En último término, defiende Finn, lo que condujo a los dirigentes del Sinn Féin a efectuar esas concesiones fue su convicción de que se enfrentaban a una «guerra imposible de ganar» ponderada por su decisión de evitar la ruptura en sus filas. El asunto clave a este respecto era la manera de entregar las armas del IRA. Finn argumenta que la actitud sorprendentemente tolerante del gobierno de Blair en este punto puede explicarse por los despliegues militares británicos, decididos por él mismo, en los Balcanes, Afganistán, Iraq, Sierra Leona y otros lugares, que le habría dejado con pocas ganas de una confrontación en Irlanda del Norte. Los funcionarios británicos en Belfast se mostraron muy atentos a la hora de no presionar al IRA Provisional con el fin de evitar otra escisión, lo cual les habría ocasionado a la larga más dolores de cabeza al obligarles a negociar con múltiples grupos de dirigentes. No

obstante, el revuelo que este tema generaba internamente, no solo en el seno de las filas republicanas, sino también en la escena política norirlandesa, podría haber garantizado un tratamiento más en profundidad por parte de Finn: no fue solo una elección estratégica, sino un proceso de clarificación y redefinición por parte de una organización que se vanagloriaba de no haber entregado nunca sus armas, ni siquiera en la derrota.

Se pueden emplear diferentes criterios para decidir si el IRA fue derrotado. Lo que los republicanos lograron durante el proceso de paz no satisfizo su meta última, la reunificación de Irlanda. Finn sostiene que la cifra de muertos causados entre la población civil, que representaba casi la mitad de las víctimas del IRA, cuando la lucha armada se hallaba en principio dirigida contra objetivos militares y las fuerzas de seguridad, era un indicador de que «de acuerdo con los propios criterios que la organización se había impuesto a sí misma, su guerra había fracasado». No obstante, ¿podría haber arrojado un resultado diferente una campaña más centrada en objetivos concretos? En este punto es cuando el lector estará más cerca de dilucidar el significado del título de *One Man's Terrorist* (Quien para unos es terrorista). Aunque el término «terrorista» no se menciona a lo largo del texto, implica que los militantes del IRA Provisional podrían haber sido lo que apunta el resto de la frase: «para otros es un luchador por la libertad». En último término, sin embargo, el viaje del Sinn Féin hasta el siglo XXI y su triunfo electoral a ambos lados de la frontera son también un indicador de que, aunque la meta final no está aún a la vista, podría alcanzarse en un futuro. Aguar la dimensión izquierdista de su discurso y de su programa, aunque ello podría cuestionarse a la luz de la insistencia en los temas socioeconómicos en el último programa electoral del Sinn Féin, no es en sí mismo prueba alguna de éxito o de fracaso. Es, por el contrario, un signo de que los republicanos son resilientes y que su mirada sigue puesta en la unificación de Irlanda.